

Próximo número:
EL PADRINO IDEAL

por Dolly Davis, André Roanne, Livio Pavanelli, Agnes de Esterhazy, etc.

Postal-fotografía-regalo: **BÁRBARA KENT**

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Sale todos los miércoles Precio: 25 céntimos
¡ SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS !

COMPRE USTED MAÑANA

el libro 81 de la selecta BIBLIOTECA

Los Grandes Filmas

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

JUANITO, CORTATE EL PELO

por JACKIE COOGAN

Sea usted coleccionista de

Los Grandes Filmas

¡ SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR !

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Nº 280

25 Cts



ESPOSAS MAL
COMPRENDIDAS

POR
ADOLPHE MENJOU
BETTY COMPTON,
ELLIOT DEXTER, etc.

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12
Administración | Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 280

Esposas mal comprendidas

Interesantísima producción americana, interpretada
por los célebres artistas

Elliot Dexter, Betty Compson, Adolphe Menjou,
Claire Adams, Zazu Pitts, Edgar Norton, Grace
Carlyle, etc.

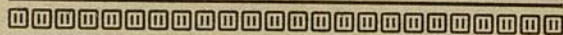
PRODUCCIÓN

PARAMOUNT WILLIAM DE MILLE

SELECCINE, S. A.

Con esta novela se regala la postal de
EDWARD CONNELLY

Pilar Barragó



ESPOSAS MAL COMPRENDIDAS

Argumento de la película

Aparentemente el matrimonio Sones era feliz. Así lo creían los que desde fuera admiraban el cuadro de aquel hogar tan unido, donde una hija, Anita, niña blanca y rubia, había sido la bendición de este amor. La abundancia de una buena situación económica completaba ese bienestar admirable.

Y a pesar de ello algo separaba a los esposos. El marido, Ricardo, un novelista cuyos libros se vendían por millares, entregado exclusivamente a la literatura, apenas atendía a su mujer. Y ella, Margarita, se aburría entre las cuatro paredes de su gran caserón, soñando con una existencia llena de alegría juvenil.

Muchas veces, Margarita debía aguantar la terrible lata de los visitantes de su esposo. Aquella noche, por no faltar a la costumbre, llegaron varios artistas graves y sesudos acompañados de cierta poeta atacada del morbo literario.

La señora Sones, después de saludar a esos anti-páticos personajes, sentóse en un sillón, resignada a escuchar una serie de aburridos discursos. Ricardo parecía gozar con la presencia de sus amigos. ¡Era absurdo.

—Señores — dijo la poetisa —, he traído mi nuevo poema porque tengo la seguridad de que ha de ser del agrado de ustedes.

Hecho un silencio conventual, la poética cultivadora comenzó a leer páginas y más páginas que no se acababan nunca. Era una mujer ya entrada en años, más envejecida aun por la sequedad de una vida sin amor.

Margarita bostezaba de aburrimiento. ¡Qué vida aquella!

¡Sin música, sin bailes, condenada a la compañía de aquellas gentes adustas y melancólicas!

Por eso, cuando a media noche la poetisa y sus amigos abandonaron la casa, Margarita no pudo reprimir su satisfacción. Respiraba bien como si le quitasen una maza del pecho.

—¡Qué fastidiosos son estos sabios! — le dijo a Ricardo —. ¡Hablando siempre modestamente de sí mismos! ¡Qué aburrimiento!

—Pues valen mucho, querida.

—No lo dudo, pero van a matarme poco a poco de fastidio...

—Yo creo que debías alegrarte, pues te proporcionan la oportunidad de aumentar tus conocimientos...

No comprendía Ricardo ese desdén de su esposa. Creía a Margarita feliz con su existencia de mujer de hogar.

Peró Margarita necesitaba aire y luz. Y una tarde, se dispuso a asomarse al mundo de la frivolidad y del placer. Besó a su hijita que jugaba tranquilamente con fantásticas muñecas de lujo, y acompaña-

da de Fay Collen, una antigua amiga suya, a quien un juez complaciente acababa de cortar el lazo matrimonial, se dirigió hacia un restorán de moda.

Los tres danzantes del Restorán Villón se veían frecuentados por los peores ejemplares de las mejores familias.

—Vamos a divertirnos de lo lindo — explicó Fay.

Margarita, entre aquel ambiente de música y de color, estaba aturdida. Realmente era ésto algo más interesante que su vida quieta y sosegada en el hogar. Y Ricardo no había tenido inconveniente en que ella saliera con Fay... ¡Si eso la divertía!

Fay llamó al camarero y con una sonrisa significativa que parecía ocultar algún misterio, pidió:

—Te...

—Comprendido, señora...

Poco después el criado trajo el servicio pedido. Fay comenzó a beber, relamiéndose los labios, con un gesto dulce y voluptuoso. Y Margarita, apenas hubo apurado unos sorbos, volvió a retirar la taza...

—Pero... Fay... esto no es te... parece licor...

—¡No grites!... Es licor... sí... aquí burlamos todos la ley seca... Pero ¿no lo quieres?

—¡No!... El alcohol me repugna...

—Pues no tienes tú un gusto extraño, querida... ¿Prefieres el te auténtico?... No te envidio.

Llamó de nuevo al camarero y ahora dijo con el rostro grave y el tono de la voz normal:

—Te...

—Comprendo, señora...

Unos minutos después, Margarita saboreaba el verdadero te, la aromática infusión del lejano Oriente.

Acababa de llegar al restorán, Ernesto Steele, un caballero que se jactaba de comprender a las esposas mal comprendidas.

Era un hombre fino, soltero, elegante, con esa

atracción espiritual que ejercen los terribles conquistadores.

Al dejar su abrigo y su "clac" en manos de la muchacha del guardarropa, dijo sonriente:

—¿Sabe usted, amiguita, que posee aquella cualidad tan rara que se llama gracia?

Y arrancándose del ojal de su smoking una camelia, se la entregó con gracioso gesto:

—Muy a propósito para su tipo de hermosura...

Después, dejando a la muchacha aturdida por el sabor de aquellas palabras galantes, penetró en el salón.

Saludó a varias conocidas y al ver a Fay, dirigióse resueltamente a su mesa.

—Encantada, mas... permítame que le presente a Margarita Sones... Es un ejemplar interesante, una mujer que prefiere el te...

—Caramba, ¿es posible?... ¡Y una señora tan bella!

Rió con una sonrisa cómplice. Estaba enterado del te que servían en Villón... Sentóse junto a Margarita. ¡Era bonita esta amiga de Fay! E interesante... Tenía ese interés que inspiran las mujeres tímidas o desgraciadas a los émulos de Don Juan.

Margarita apenas respondía a la conversación grata, matizada de citas ocurrentes, de Ernesto. Estaba turbada, inquieta...

Un caballero acercóse a la mesa, invitando a bailar a Fay. Ernesto y Margarita quedaron solos.

—Bailemos nosotros también, ¿quiere? — preguntó el galán.

—Hace tiempo que no practico el baile... Como que a mi marido no le gusta...

—Deje que la lleve y verá qué fácil es...

Margarita accedió... Ernesto, hábil bailarín, sabía conducir admirablemente su pareja. Y mientras la música desgranaba sus notas cálidas, él iba susurrando al oído de Margarita todas las galantes palabras

repetidas como una lección monótona y estudiada. Y en el alma de la señora Sones, asfixiada por una vida melancólica y aburrida, parecía entrar a bocanadas. aire y sol.

Cuando se despidieron a primeras horas de la noche, eran ya muy amigos. Y convinieron en verse otra vez a la otra tarde.

Pasaron unos días.

Poco a poco, en aquellas horas gratas en Villón, Margarita había ido contando a Ernesto todas sus inquietudes de esposa mal comprendida. El galán iba aconsejando a su manera a la triste. ¿Por qué apenarse por lo que no tiene remedio? Por fortuna el amor vive también fuera de casa... El, Ernesto, quería a Margarita, no podía vivir sin ella...

—Verdad, verdad... No se ría, Margarita, jamás había hablado con tanta seriedad como ahora.

Y Margarita jugaba con fuego sin saberlo... Le distraía aquel "flirt", aquel pasatiempo vago, pero ciertamente, jamás había pensado en faltar a sus deberes de esposa y de madre dignas. Eso no... pero... reír, sentir acariciado el oído por el amor... eran pequeños pecados. Además, Ricardo, ensimismado en sus novelas tenía casi abandonada a su mujer...

A menudo Margarita acariciaba a su hija y pensaba en el cumplimiento del deber. Pero su existencia era tan monótona... Deseaba vivir, gozar...

Una tarde, leía por décima vez la carta que Ernesto Steele le había enviado.

"Mi querida Margarita: ¿Por qué no vino a cenar conmigo anoche en mi casa como me prometió? Tenía preparada una cena exquisita y había despedido a mi criado por la noche. De todos modos la perdono, pues uno siempre perdona a quien adora, y yo la adoro a usted.

Ernesto".

Sonrió y guardó la carta en su secreter, entre otras cartas y facturas. No había querido ir a cenar con él, hubiera sido demasiado peligroso. Pero aquella noche en el restorán le daría sus excusas.



...Margarita acariciaba a su hija...

Ahora salía con frecuencia. Cenaba en compañía de Ernesto, de Fay Collen y de varios amigos alegres. Y le parecía que jamás había sido tan feliz.

Daba los últimos toques a su vestido, en el tocador, cuando entró Ricardo Sones.

Margarita vestía un elegante traje de "soirée", muy descotado que dejaba ver la espalda desnuda y el nacimiento del pecho.

—He notado que ahora sales todas las noches a bailar — dijo el marido con cierto enfado—. ¿Vas también a salir hoy?

—Me esperan mis amigas...

—¿Y con este traje? Ponte un chal que te cubra el descote...

—Eres ridículo. La moda es así...

Anita, la niña, entró a saludar a mamá, antes de irse a la cama. Abrazó a Margarita y le dijo, viendo su escote:

—¿Qué vestido vas a ponerte hoy, mamáita?

En su ingenuidad, creía la pequeña que la madre iba a medio vestir. La lección enrojeció a la mujer, que cubrióse los hombros con una "écharpe". Y la niña, después de dar las buenas noches a su padre regresó a su alcoba.

Ricardo no quiso insistir; las palabras de la pequeña habían dicho más que él. Pero, la advirtió:

—Margarita, si quieres que te sea franco, te diré que no me gusta esa gente con quien andas... Son unos alocados que no piensan más que en divertirse.

—No te gustan mis amigos porque no son tan sosos y anticuados como los tuyos...

—Sosos o no, te repito que son gente inútil... Evita en lo sucesivo esas compañías... Conozco demasiado a tu amiga Fay y sé del pie que cojea. No te conviene esta amistad, Margarita...

Margarita marchó disgustada. ¿Es que iba a privarla de sus inocentes diversiones? En el restorán lo olvidó todo. Y Steele siguió cortejándola, con exquisita galanía. Ella escuchaba sus palabras como una música grata al oído y al corazón... Pero... las atenciones de un soltero empedernido suelen ser siempre más regulares que sus intenciones.

*

Margarita no hizo caso de las advertencias de su marido y siguió frecuentando la amistad y la compañía que le resultaban tan gratas. Además, había abierto sus salones a pesar de las protestas de Ricardo, a toda aquella legión de gente despreocupada. Y Ricardo tuvo ocasión de tratar y conocer a aquellos ejemplares alegres que le parecieron perfectos representantes de la frivolidad y la inutilidad humanas.

El marido, preocupado con sus últimas novelas, dejaba que su mujer hiciera los honores de la casa. Prefería estar encerrado en su biblioteca, entre sus cuartillas, y le aburrían aquellas amistades le ella. Pero no quiso insistir sobre el perjuicio que causaban a Margarita, al ver a ésta radiante y feliz.

Aquella noche, Margarita daba una comida en honor de sus amigos. Ricardo, abstraído en sus creaciones, había dicho que no asistiría al acto.

Estaba Ricardo en su despacho, cuando entró la doncella de la señora entregando al novelista un paquete de facturas que le había dado Margarita. Entre ellas, por funesto descuido, se hallaba la carta comprometedora que Ernesto Steele escribiera a la señora Sones, declarándole su amor infinito.

Ricardo examinó las facturas, disponiéndose a pagar como de costumbre los gastos efectuados por Margarita durante el último mes. Un sobre de letra yarrowmil, dirigido a su esposa, le llamó la atención. Y su lectura le causó el efecto de un balazo.

Sintió un dolor vivísimo, agudo, en su pecho. ¡Ah! ¡Estaba convencido de la fidelidad de Margarita, pero había de librarla del contacto de aquellas gentes!

Además, aquella existencia frívola de su mujer estaba llena de peligros. Y se acusaba de haber sido débil, tolerando las visitas. Recordó que aquella noche su casa se vería manchada por la presencia de

todos aquellos seres inútiles, entre ellos Ernesto Steele, el flirteador... Sonrió con sonrisa terrible, agresiva... Una idea fija comenzó a atenazarle el cerebro. Guardóse la carta e incapaz de poder seguir escribiendo salió de su hogar.



Sintió un dolor vivísimo, agudo, en su pecho.

Llevaba poco tiempo ausente cuando Ernesto Steele en persona visitaba a Margarita.

Ernesto, en el saloncito, seguía explicando a Margarita el loco amor que anidaba en él.

—Su marido la tiene abandonada. El sólo piensa en sus novelas... Y usted merece más... Yo, Margarita, la quiero...

—No siga... ¿cuántas veces le he dicho que no

puedo oír eso? Me debo a mi esposo, lo sabe usted bien...

—Pero no a un esposo como el que usted tiene, Margarita... Yo la adoro y conmigo...

Quiso abrazarla abarcando con ademán audaz su



—Su marido la tiene abandonada. El sólo piensa en sus novelas...

gentil talle. Pero un criado, inoportuno, entró en el salón, y Ernesto deshizo rápidamente el abrazo.

—El señor acaba de avisar por teléfono que cenaría en casa — dijo.

—Perfectamente.

El criado se retiró no sin alzar los ojos al cielo como pidiendo luz. ¡Qué cosas se veían, Dios mío!

Ernesto, riendo, dijo:

—En lo sucesivo, llamará el criado a la puerta, ¿entiende?

Ella rió, alborozada. ¡Ah, atrevido!

—Es usted tan distinta de las otras mujeres que he conocido, que me encanta hablar con usted... créame — siguió diciendo el seductor.

—Conoce usted bien la adulación, amigo...

—No; es que usted es la única mujer a quien "realmente" he amado. No he conocido el amor hasta encontrarla a usted... Es usted tan deliciosa...

Ahora, alguien llamó a la puerta; el criado que pedía permiso para entrar.

Dió a la señora un paquete de periódicos y volvió a marchar prestamente. ¡Mejor era dejarlos solos! Había tenido la precaución de llamar, no fuera que volviese a ver otra escenita.

—Pero... ese chico, ¿cómo se atreve a llamar?

—Ha conocido mi pensamiento, amiga mía... ¿Ve usted?... si se decidiese a ir a mi casa, podríamos hablar libremente sin que nadie nos importunase.

—Ya sabe usted que a su casa no puedo ir...

—Margarita, esta noche, después de la cena, cuando los demás irán a bailar, ¿no podríamos escaparnos los dos juntos?

—Calle, calle...

Bajaba los ojos, sorprendida, con una sombra de mal pensamiento en la cabeza.

¡Y ella cultivaba con gusto este "flirt"! ¡Si su marido supiera!

Cortó la conversación la llegada de Fay Collen que venía a tomar el te.

—Estoy cansadísima y tengo un hambre que no veo, pero tengo mucha más sed que hambre.

—Bien... bien... ahora serviremos la merienda...

¿Pero, y tus amigos, no vienen?

—No pueden tardar...

Y mientras Ernesto platicaba con las dos lindas da-

mas, llegó Georgina Walton, amiga de Fay y de Margarita, otra "pobre" esposa que no podía vivir con la renta del marido. La acompañaba su inseparable Archibaldo Wells, un solterón con una renta enorme.

Era aquella reunión la de las esposas mal compren-



—En lo sucesivo, llamará el criado a la puerta, ¿entiende?

... y Ernesto se sentía en su verdadero reino.

Georgina mostró a sus amigas una preciosa piel.

—¿Qué os parece? ¡Vale un dínar! Es un regalo de Archibaldo.

El aludido sonrió con aire petulante.

—Archibaldo le economiza una fortuna en pieles a su esposa — dijo Ernesto, riendo, a Georgina.

—¿Qué quiere usted? Las cosas hay que buscarlas donde las dan...

—Muy conforme...

Tomaron el te, y bebieron buenos licores. Margarita, encantada por la alegre reunión, puso un disco en el fonógrafo, y mientras Archibaldo bailaba con Fay, Ernesto lo hacía con Margarita.

Georgina, cansada, tumbada en un diván, bebía copa tras copa.

La pequeña Anita apareció en el salón. Su madre, siguiendo el ritmo del baile, en brazos de Ernesto, se encontraba ahora en la salita contigua, coqueteando graciosamente con el temible seductor.

Georgina llamó a Anita:

—Pequeña, ¿quieres beber?

Y puso en sus manos pálidas una copa de áureo líquido.

La niñita, sonriente, iba a acercar a sus labios el dorado vinillo cuando apareció la figura severa del dueño de la casa, Ricardo Sones, que había regresado al hogar y se encontraba frente a frente con aquel ambiente de "cabaret."

Con una ojeada se hizo cargo de todo. Arrancó a la niñita la copa y la dijo:

—Anda, vete a tu cuarto, nenita...

Anita, después de dar un beso a su padre, obedeció.

—¡Oh, perdone, señor Sones! — dijo Georgina—; la niñita tenía sed... Pero... no me ha dicho usted todavía nada. ¿Quiere bailar conmigo?

Ricardo hizo un gesto negativo. Saludó casi maquinalmente a Archibaldo y a Fay y le extrañó la ausencia de su mujer.

Conocía demasiado a esos invitados de su esposa, y al verlos con la sonrisa fatigada del placer sintió repugnancia. ¡Ah! Tenía que acabarse esto...

Margarita entró corriendo en el salón, perseguida

alegremente por Ernesto. En su carrera topóse frente a frente con su marido.

—¿Qué es eso? ¿Dónde vas? — dijo Ricardo con ceño adusto. Miró a Steele con altivez. Sus manos vacilaron. ¿Iba a abofetearle?

—Oh, nada... es que te había oído y venía corriendo... — respondió ella, aturdida.

—Sí, querido señor Sones — dijo Ernesto con tranquilidad—, ella misma acababa de indicármelo...

La situación era violenta para todos. Georgina, haciéndose cargo, propuso:

—Oye, nosotros vamos a dar una vuelta por Villón... Volveremos luego, a cenar...

—No faltéis... — dijo Margarita—. Os esperamos a todos sin falta...

Ricardo, frío, correcto, apenas contestó a los saludos de los amigos de su esposa. Estrechó la mano de Ernesto y éste adivinó una próxima agresividad. ¿Sospecharía algo de sus asiduidades?

Margarita salió hasta la puerta a despedirles. Que volviesen pronto, ¿eh? Georgina le dijo con ademán contrastado:

—Su marido es una bella persona, pero me parece que nuestras maneras no se adaptan a su temperamento.

—No lo crea... Mi marido piensa como yo...

Pero cuando regresó junto a Ricardo encontró a éste enfurecido.

—Tus amigos se burlan de la respetabilidad, se mofan de la fidelidad y de todo lo demás... Están mortalmente corrompidos.

—Les has cogido manía, Ricardo...

—¿Manía?

Miró a su esposa con indignación y tentado estuvo de confesarle que había leído la carta de Ernesto Steele. Pero, no; era preferible aguardar. Y continuó:

—Esta noche será la última vez que les permito poner los pies en esta casa.

—Claro... prefieres tu poetisa aburrida.

—Prefiero la moral. Pero acabemos: esa gente es nociva y la hemos de apartar de nuestro lado. Además, nuestra hijita había entrado aquí, y Georgina le daba de beber esos licores malditos que tampoco han de estar en nuestra casa. Si nuestra hijita se pudiese en contacto con esa gente desordenada, cuando fuese grande sería como ellos... y esto no lo quiero yo de ninguna manera. Que te sirva de gobierno.

Y salió dejando a Margarita, humillada y rabiosa. Pero su afán de diversiones hizo renacer en ella el buen humor.

No se acordó más de los avisos de Ricardo al ver que iban poniendo la suntuosa mesa.

Eran más de las ocho. No podían tardar los invitados. Ricardo, con abrigo y sombrero, llegó a su mujer y le dijo:

—Tus amigos me han servido para algo bueno... les estoy empleando como caracteres de mi nueva novela "El vicio respetable". Creo que te gustará...

—No lo dudo... — respondió fríamente.

—Me voy, pero vuelvo pronto. Y óyeme bien: esta noche, en la cena que das a tus amigos, haré lo posible por encontrar "algo" en común de ellos.

Estas palabras misteriosas sorprendieron a Margarita.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Walters — dijo llamando a su criado—, mande usted poner otro cubierto en la mesa, que voy a traer un convidado... Y hasta pronto, Margarita.

Cierta pasajera inquietud anidó en el alma de la esposa. ¿Por qué había hablado de aquel modo, Ricardo? ¿Qué convidado era aquel? ¿Alguna sorpresa?... En fin, poco había que vivir para verlo.

*

Ricardo ideó vengarse de su mujer, dar una lección a todas aquellas amistades perniciosas que frecuentaban su casa. Además, quería avergonzar al miserable rondador de Margarita. No emplearía los antiguos procedimientos del honor; su castigo sería original y moderno.

Ricardo se dirigió a determinados barrios de la ciudad, calles equívocas por donde vagaban sombras de mujeres que aguardaban ante los portales de las casas el paso de algún transeunte para brindarle su pobre y averiado amor.

Mona, una desdichada caída en los abismos de la mala vida, acercóse a Ricardo. Sonrió al novelista con la sonrisa mitad picaresca y triste, aprendida en las largas caminatas nocturnas.

Ricardo la contempló con piedad. ¡Desdichada mujer! Meditó un momento y dijo con aire severo:

—¿Tiene usted compromiso de ir a cenar a alguna parte esta noche?

—¡Qué más quisiera yo!

—Pues venga conmigo...

Llamó un "taxi" y subió a él con Mona... La mujer miraba con curiosidad a su protector. Era un hombre extraño y taciturno... Pero la invitaba a cenar.

Entretanto, en casa de Sones Margarita daba las últimas órdenes para la cena. Fué distribuyendo los puestos que debían ocupar todos y le preocupó el cubierto para el invitado desconocido. ¿A quién traería Ricardo? Llamó al camarero y le preguntó:

—¿Le dijo a usted, por casualidad, mi marido a quién había invitado a cenar?

—No, señorita. Sólo me encargó que pusiese otro cubierto.

—Bien... retírese.

Eran cerca de las nueve cuando llegaron los ami-

gos de Margarita, esparciendo por las salas su alegría loca de gentes esclavas del placer. Tomaron un aperitivo mientras aguardaban a Ricardo. A todos en el fondo les aburría la presencia del severo esposo de Margarita, pero debían disimular su contrariedad.

Ernesto, junto a Margarita proseguía su eterna cantinela amorosa. El solterón con voz dulce se conceptuaba desdichado. ¡Ay! ¿Por qué Margarita no era libre? Entonces, Ernesto se casaría con ella y vivirían los dos la verdadera existencia del amor...

Conmovida, la frágil esposa de Sones, por aquellas palabras, respondió:

—Ernesto, dígame la verdad. ¿Les ha dicho a las otras mujeres las cosas que me dice a mí?

—Sí — contestó riendo —; pero no "sentía" lo que le decía. Lo que le digo a usted, me sale del alma.

Luchaba Margarita entre dos sentimientos. Por una parte, Ernesto con la perfidia de sus galanteos, la conmovía, la hacía soñar en el amor; mas por otro lado el recuerdo de su hija y de Ricardo la detenían al borde del abismo.

Pasó media hora. Levantándose, Margarita exclamó:

—Comenzaremos a cenar sin esperar al señor Sones. Tarda demasiado.

Fueron a ocupar sus puestos. Archibaldo Wells dijo, riendo, a Ernesto:

—Steele, ¿piensa usted casarse algún día?

—Mientras haya otros hombres que lo hagan por mí, prefiero continuar soltero — le respondió en voz baja.

Comenzó la cena. Hablaron del convidado que debía traer Sones. ¿Quién sería?

—Es indudable que tu marido te prepara una sorpresa — dijo Fay—. Estoy impaciente por saber lo que es.

En aquel mismo instante abrióse la puerta y apa-

reció Ricardo Sones acompañado de Mona, la desdichada que había encontrado en la calle.

Todos le contemplaron con espíritu curioso e interrogante... Pero la voz de Ricardo se dejó oír, fría y agresiva:

—Le he prometido a mi esposa que haría lo posible para encontrar esta noche algo común con ustedes... Y aquí lo tienen.

Cerró la puerta e hizo avanzar a Mona, obligándola a sentarse a la mesa. Comprendieron todos que clase de mujer era aquella invitada. Y se levantaron airados, protestando contra aquella compañía denigrante.

—¡Oh, no se muevan! — siguió diciendo Sones—. Voy a presentarla a usted a los convidados de mi esposa — dijo a Mona que sonreía con aire insignificante—. He ahí, a la señora Georgina Walton... Pero le advierto a usted que el caballero que la acompaña no es su marido.

Y señaló a Archibaldo. Georgina sintió correr lágrimas de rabia.

—¡Basta, basta! — gritó Margarita, encendida—. ¡Lo que haces es intolerable! ¡Déjanos salir!

Las mujeres habían formado un grupo como defendiéndose contra la hembra de la calle, Ernesto y Archibaldo, de pie, estaban desorientados. ¿Qué hacer ante aquella enorme ofensa? ¡Insultar así a unas damas, a Margarita, a Georgina, a Fay, a mujeres respetables y dignas! ¡Era un verdadero delito!

—¡Déjanos salir! — continuó Margarita.

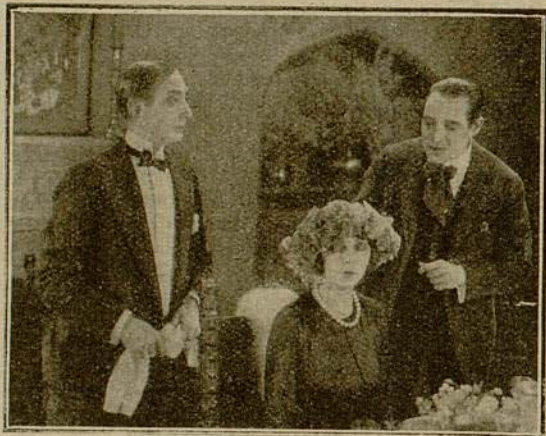
—Imposible — respondió Sones, con imperturbable tranquilidad—. La puerta está cerrada con llave por fuera... No se abrirá hasta que haga una señal convenida.

—¡Abre esta puerta! — rugió la esposa.

—Nunca... Y permíteme que te presente a mi invitada... Es digna de vosotros...

Margarita se apartó, enloquecida. ¡Miserable, miserable!... Mona, riendo, la miraba sin comprender aún aquella escena extraña.

—¿No quieres? Lo siento. No veo el motivo por el cual rehusas que te presente a esta señora. A ver si Fay será más complaciente...



—...le advierto a usted que el caballero que la acompaña no es su marido...

Pero Fay alzóse, enérgica y bravía:

—Ricardo... lo que hace usted es impropio de un caballero — gimió.

Archibaldo y Ernesto hubieran querido defender a las mujeres. Pero... ¿y el físico? A lo mejor Ricardo contestaba con un puñetazo rotundo.

Sonriente, Ricardo añadió:

—No las entiendo, señoras. Nunca he visto un aficionado al billar que se niegue a jugar con un campeón profesional.

La sátira fué esta vez sangrante, dolorosa. Estaban anonadadas.

—Bueno, mujer — dijo Sones a Mona—, cena tranquilamente... Nadie te ha de estorbar.

El mismo comenzó a servirla. Mona vió la buena cena preparada y sin preocuparse poco ni mucho de los que la contemplaban hostilmente comenzó a devorar los manjares.

Ricardo paseaba triunfador su mirada. La lección era dura, pero merecida. Y aquella mujeres que se creían honradas, aunque su vida dijera lo contrario, sentían la suprema ofensa lanzada a los últimos restos de su pudor. ¡Comparadas a una mujerzuela de la calle... a una profesional! ¡Qué vergüenza!

—¿Cómo te has atrevido a traer a esa... mujer a esta casa? — gritó Margarita.

—La única diferencia que hay entre ella y tus amigos es que tus amigos se esfuerzan por ocultar lo que son...

—Me das asco... repugnancia...

Los amigos, alejados de Ricardo, le maldecían en voz baja. ¡Rufián, traidor!

Margarita se alejó de Ricardo.

—Quiero que todos ustedes sepan que esta misma noche voy a separarme de mi marido — dijo.

—¿Separarse de mí? Bien... Señores, si he traído aquí a esta señorita — y Ricardo señaló a Mona—, es para mostrarle a mi mujer el peligro que corre si se va de mi lado... Sé que hay alguien que me la quiere arrebatar... Pues bien... que lo pruebe.

Ernesto y Margarita cruzaron sus miradas. ¿Sabría algo Ricardo? Mona, indiferente, al parecer, seguía comiendo con un goce animal.

—Señor Steele — dijo el marido, acercándose a

Ernesto —, ¿tiene usted la bondad de indicarme cuáles son sus verdaderas intenciones cuando le hace el amor a mi esposa?

Ernesto sintió ya en su piel la dura caricia de un bofetón. El odiaba los conflictos con los maridos. Y no quería que su "flirt" con Margarita tuviera consecuencias fatales.

—Jamás le he hecho el amor a su mujer — respondió mintiendo tranquilamente.

Margarita sintió dolor al verse negada.

—No, ¿eh? ¿Y esta carta? Es suya, ¿verdad?

Y mostró a todos la carta que enviara Ernesto a Margarita.

—Oigan... oigan ustedes: "Mi querida Margarita... tenía preparada una cena exquisita y había despedido a mi criado por la noche... y yo la adoro a usted..." ¿Qué tal? ¿Tan pronto cambia usted de sentimientos?

Margarita bajó la cabeza, avergonzada. Y los invitados miraron instintivamente la puerta pensando en que aquello acabaría mal.

—Ah, ya comprendo — dijo Ernesto, con desdén—. ¡Una llave falsa del escritorio de su esposa!

—Suponiendo que fuera así, ¿no estaría justificado el emplear cualquier medio para desenmascarar a usted?

—Basta. ¡Ya estoy cansada de esta farsa! — rugió Margarita—. ¡Abre la puerta en seguida!

—La puerta ha estado siempre abierta, señores... Es vuestra cobardía la que os ha impedido salir de aquí... Mirad.

Empujó la hoja de madera que se abrió de par en par. Y como si fuesen almas condenadas y se les abriese la puerta del Paraíso, salieron todos en tropel. Margarita, llorosa, subió a su habitación. Y los invitados buscaron prestamente la puerta ansiosos de aire y libertad.

Ricardo les dejó salir. La lección había sido dura, pero antes, cogiendo a Ernesto por la solapa, le gritó, remarcando las palabras:

—Si le encuentro a usted otra vez en esta casa, le arrojaré de ella a puntapiés.

Ernesto salió corriendo, prometiéndose no volver nunca más.

Sones, aniquilado casi, volvió al comedor junto a Mona que había acabado de cenar. La mujerzuela parecía haberse animado con la comida. Había comprendido bien de que se trataba.

—¡Cómo la ha humillado usted! — dijo—. Destrozó su corazón en pedacitos y no va a ser nada fácil componérselo otra vez.

Mona se había humanizado con la comida y parecía querer darle buenos consejos. El criado entró en la habitación y dijo:

—La señora dice que cuando esta... señorita se haya marchado, desea hablar con usted.

—Voy al momento.

Suponía Ricardo encontrar a su mujer hecha un mar de lágrimas, protestando contra el castigo impuesto. Se dispuso a ir a su lado. Entregó un billete a Mona y le dijo:

—Puede usted ahora marcharse, y... gracias por su servicio.

Mona cogió el billete, y en sus ojos pareció brillar una luz de humanidad. Sentía haber servido de discordia. ¡Hubiera deseado que reinara la armonía entre los esposos!

Ricardo subió a las habitaciones de su mujer.

Margarita le aguardaba con lágrimas, sulfurada por la indignación.

—Si supieses lo cansada que estoy de que me trates como una colegiala y de tus humillantes alardes de superioridad... — le dijo.

—Lo mereces todo. Has dejado que Ernesto "flirtease" contigo...

—Lo que has hecho es intolerable... Antes que continuar a tu lado un minuto más, prefiero marcharme con él... ahora mismo.

—No necesitas marcharte. Me iré a vivir al club.

Y echándola una mirada de desprecio, salió de allí.

Entretanto, Mona se disponía a marchar, cuando, al llegar al recibimiento, vió a Anita, la hija de los Sones, que se había levantado de la cama para buscar su muñeca olvidada.

Al ver a Mona, la niña se acercó, y la mujer sintió en su corazón, vagos recuerdos de ternura. Comenzó a jugar con ella, y en su pobre alma de pecadora, anidó la luz del arrepentimiento. Aquella niña era hija de los señores de la casa. ¡Y había sido Mona la causante, tal vez, de la desdicha de aquel hogar! ¡Oh, si pudiera arreglar aquello!

Oyó pasos, escondióse con Anita en el fondo de la escalera y vió pasar a Ricardo Sones, con abrigo y sombrero puestos. ¿Adónde iría aquel hombre?

Mona, al verle partir, se sintió atormentada por una idea... Quería hacer algo bueno en su vida que no valía nada... Del mal puede surgir a veces la flor del bien. Y ella quería ser así. Despidióse de la pequeña y subió al azar, escaleras arriba, hacia donde suponía estaba la habitación de la señora.

No tardó en dar con la alcoba y entró en ella.

—¿Qué hace usted aquí? — le gritó Margarita, furiosa—. ¿Cómo se atreve?

—¡Oh! Quería preguntarle dónde puede haber ido su esposo.

—¡Mi esposo! Si lo necesita, lo hallará usted en el Club de los Libres... Le ha de pagar aún el servicio, ¿verdad? Váyase, váyase...

—Señora — dijo Mona, con inflexiones bondadosas—, usted está disgustada con su marido por lo

que hizo, pero el causante de todo lo que ha pasado no tenía ningún derecho a sacar de quicio al pobre señor por más que le ame...

—No se meta en mis cosas...

—¡Oh, señora! Yo sé algo de eso... Conozco a los hombres... demasiado... ¡Y él no irá a casarse con usted!

Estas palabras acabaron por abrir la llaga del corazón de Margarita. Recordó que había sido negada por Ernesto y su orgullo se sublevó.

—¿Y usted qué sabe?

—Mucho. Avísele por teléfono que venga y verá usted cómo tengo razón en lo que le digo.

Margarita dudaba. ¿Era posible que Ernesto la abandonase en aquel trance?

Requirió el teléfono y llamó a casa de Steele. Este se hallaba bebiendo unas copas, dispuesto a olvidar. Estaba disgustado. Le molestaban las bromas con maridos como Ricardo. Ordenó a su ayuda de cámara quitase de una hornacina en la que había colocados por turno preferente los retratos de las mujeres que caían bajo su mano de conquistador, la fotografía de Margarita. Quería olvidarla para siempre. Y se vió sorprendido por el aviso telefónico de ella.

—Ricardo se ha marchado y yo deseo verle para hablar con usted.

Ernesto quiso balbucir una excusa.

—Ernesto, venga a verme, se lo suplico...

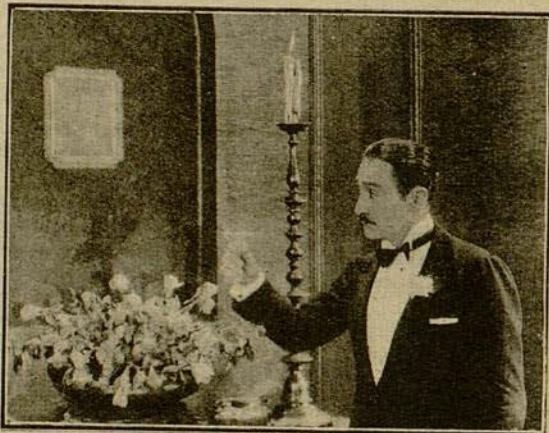
El solterón accedió de mala gana. ¡Por última vez!

—Va a venir — dijo Margarita a Mona—; estaba usted equivocada...

Salió de la estancia dejando sola a Mona. La desgraciada muchacha, vaciló un momento, pero acometida por una idea, llamó al Club de los Libres.

—Soy la esposa del señor Sones — dijo—. Haga el favor de decirle al señor Sones que desearía que viniese a casa en seguida...

Dejó el teléfono. Quería poner frente a frente al marido y al conquistador. Estaba convencida de que éste no quería casarse con la señora. Lo sabía por experiencia. Esos tenorios gustan de libar en la flor ajena... y luego abandonarla. Ella había sido también una flor.



Quería olvidarla para siempre...

Margarita entró en la habitación y dijo con frialdad:

—Señora... un "taxi" la espera... haga el favor de salir...

—¡Bueno, bueno!

Su rostro cambió de expresión, adquiriendo el aire indiferente, despectivo para todo, de las mujeres de la calle. Y salió. ¡Había hecho una obra buena!

♦♦

Ernesto Steele en casa de Margarita aguardaba nervioso a que ésta entrara en el salón. Y Margarita no se hizo esperar. Lloraba. Quería confiar en este hombre que tantas veces había jurado amarla.



...se vió sorprendido por el aviso telefónico de ella.

Pero Ernesto, ante los peligros de continuar el "flirt", parecía otro.

—Margarita — le dijo—; estábamos cometiendo una imprudencia. He tenido cuestiones con muchos maridos, pero el suyo es el primero que me ha amenazado con echarme a la calle a puntapiés. Quiero arreglar eso... Deseo ver al señor Sones para darle mis excusas.

—¿Usted? ¿Y entonces — dijo ella, sorprendida,

aplanada—, sus juramentos de amor, sus dulces palabras? No recuerdo el número de veces que me ha dicho usted que se casaría conmigo si yo fuese libre. Pues el momento ha llegado... nada quiero con Ricardo... cumpla usted su palabra.

—Si quiere que le hable honradamente, le diré que jamás pensé que llegase a ser libre — contestó él, con agresividad.

—Pues lo soy y usted debe hacer honor a su promesa.

Ernesto deseaba terminar aquella situación peligrosa. ¿Casarse él? ¡Nunca! Pero quiso dorar la píldora, ante la desolación de la mujer.

—Margarita, por casarme, me casaría con usted en seguida, pero mi deber es confesarle que su marido es mejor hombre que yo.

—¡Oh! ¿Y es usted quién habla así?

—¿No comprende que sólo su esposo y yo podemos decidir su futura felicidad?

Apareció el criado diciendo que el señor Sones estaba en el teléfono. En efecto, desde el club le habían transmitido a Ricardo el aviso de Mona y pareciéndole anormal aquello, telefoneaba para pedir una explicación.

Ernesto sonrió. Vió el auricular sobre la mesa y sin que Margarita pudiera evitarlo, comunicó con Sones.

—Soy yo, Steele, y estoy en su casa. ¿Qué piensa usted hacer a todo ello? — dijo.

—¿Usted en mi casa? — rugió una voz—. Voy ahí en seguida.

Ernesto dejó el teléfono y, sonriente, dijo a Margarita:

—Su marido viene aquí. Es algo providencial el que haya telefonado. Quiero que ustedes arreglen eso. Haré lo posible para abrir a su esposo los ojos de la razón.

Margarita estaba anonadada. No tuvo valor para telefonar a Ricardo y cayó en un diván, despechada y furiosa. Los dos guardaron largo rato silencio, sumidos en profunda meditación.

Hasta que de pronto llegó Ricardo Sones, con ademán de venganza. Quería terminar de una vez con todo aquello. ¡Divorciarse y olvidar!

Margarita se levantó contemplando con ojos dolorosos a su marido. Ernesto le miró con actitud humilde.

—Acabemos — gritó Ricardo—. Odio las escenas inútiles. Si ustedes me han llamado para provocarme, están en un error... Vamos a ver, si me divorciase de mi esposa, ¿estaría usted dispuesto a casarse con ella? — dijo a Steele.

Ernesto sintió miedo y murmuró:

—Si... es preciso... — dijo—, pero yo quería que arreglásemos eso...

—Y tú, ¿quieres casarte con él? — prosiguió Ricardo.

Margarita bajó la cabeza; sintió algo en el fondo de su corazón que le impedía responder; se acordó de que era madre de Anita, de que Ricardo había sido el compañero fiel y abnegado de su vida... aunque las novelas le arrancaban demasiado tiempo. Comparó su conducta con la de Ernesto, que no quería casarse con ella, que daba largas al asunto, y estallando en sollozos, abandonó el salón.

Ricardo y Ernesto quedaron solos, agitados por hondos pensamientos. Ernesto rompió el silencio. Quería reconciliarles de todos modos.

—Ahora que no está su esposa — le dijo—, ¿quiere usted ver si arreglamos este asunto amigablemente? He venido aquí para intentarlo.

—¡Amigablemente! Pero, ¿tiene usted valor todavía para hablar así? ¡Usted ha destruído mi hogar, malvado!

—Si no hubiese sido yo, habría sido otro cualquiera... ¡Ah, señor Sones! Permítame que le dé a usted un consejo: de todo lo ocurrido, el único responsable es usted.

—No puedo contenerme... infame...

—Calma, señor: es usted vanidoso como todos los maridos... Se imagina que con escoger una muchacha linda y casarse, ya está todo arreglado... y no es así ciertamente.

Ricardo le miró, sorprendido. ¿Qué decía este hombre? ¡Con qué audacia hablaba aún!

Ernesto, sin perder la serenidad, comenzó a hablar. Era necesario arreglar el conflicto.

—Sones, usted no conoce el alma de las mujeres. Ellas necesitan cariño constante, el amor renovado siempre. Y usted... ha tenido abandonada demasiado tiempo a su mujer. ¿Por qué no deja usted de escribir acerca de las mujeres y se dedica a estudiarlas?

Ahora ya no protestaba Ricardo. Le parecía que en las palabras de su rival había una verdad, una gran verdad. ¡Ah, quién sabe, tal vez no estaba perdido todo! Margarita y Ernesto sólo habían tenido un "flirt", nada más. ¿Por qué no intentar otra vez unirse a su esposa? El había tenido abandonada a Margarita y su mujercita era joven, necesitaba el sol, la alegría, la vida juvenil que él no le daba. La actitud de Ernesto, de aquel hombre, le parecía ahora algo más digna.

—Ernesto — exclamó —; dígame... veo que quiere usted reparar el daño que me hizo. Usted que ha tenido tanta experiencia con las mujeres, ¿cómo he de hacer para reconciliarme con mi esposa?

—Siempre que he estado a punto de perder a la mujer que amo, he fingido indiferencia. Es un recurso que nunca falla — contestó Ernesto, con la satisfacción de que las cosas fuesen por tan buen camino.

—La mandaré llamar para pedirle que baje.

—No; teniendo en cuenta su actual estado de ánimo, mejor es que diga que yo deseo verla.

—Tiene usted razón.

Llamó al criado ordenándole avisase a la señorita de parte del señor Steele.

—Y ahora — dijo Ernesto, brindándole la mano —, le ruego que no me guarde rencor. Me voy... Nada ocurrió entre su mujer y yo que pudiera herir su honor. Y le prometo que no volveré a inmiscuirme en sus asuntos. Se lo juro, señor Sones...

Ricardo le estrechó la mano. ¡Aquel hombre, su rival, le había dado una lección que aprovecharía él bien! Y Ernesto salió radiante, feliz, libre, después de haber estado a punto de caer en el abismo matrimonial. ¡A vivir la existencia de célibe!

Sones cogió un periódico y aguardó a su mujer. Bajó Margarita, esperando ver a Ernesto. ¿Qué había ocurrido entre los dos hombres? ¿Accedería Ernesto a casarse con ella? Lo malo era que había reflexionado y se decía que Steele no podría hacer su felicidad. ¡Ay, si Ricardo no la tuviera tan abandonada! De buena gana volvería a hacer las paces con él. Perdonaba la ofensa anterior... y la comprendía.

—El señor Steele me mandó decir que quería verme — dijo buscando con la mirada al seductor.

—Steele ha marchado hace rato. Me preocupa poco — respondió Ricardo con indiferencia y ensimismándose de nuevo en el diario.

Margarita le miró, sorprendida. ¡Cuándo pensaba hallar reproches, encontraba una palabra fría!... Y Ernesto había marchado. ¡Es decir, la dejaba en poder de Ricardo, y él se apartaba discretamente temiendo comprometerse! ¡Cobarde! Pero tal vez tuviese razón.

Ricardo seguía leyendo. Su mujer le miró con ternura, comprendiendo que su deber era estar con él. Quiso interesarse por sus cosas y preguntó:

—¿Vas a quedarte en casa esta noche?

—No, me marchó — respondió él tranquilamente —, voy a llamar un "taxi". Estaba en el club viendo un partido muy interesante de carambolas y quiero saber cómo termina.

Creyó Margarita que su marido se había vuelto loco.

—¡Se necesita tener valor para ir a ver un partido de billar después de tratarme como me has tratado esta noche! — gritó.

—El juego de carambolas me encanta...

Esta indiferencia sulfuró a Margarita. ¡Oh! Había recibido una gran lección. Se veía abandonada de Ernesto y de su marido. E iba a salir, pensando en abandonar el hogar, desesperada, cuando Ricardo, sin poderse contener, estrechándola en sus brazos, dijo:

—Margarita, soy un embustero. El billar me aburre soberanamente. He sido un asno vanidoso, lo confieso, y me declaro culpable de nuestra desavenencia. Acaban de abrirme los ojos; comprendo que tú estás aburrida, que yo no te trataba como te merecías y te ruego que me perdones... Seré en lo sucesivo para ti un verdadero esposo que te mimará y adorará. Margarita, he sido un infame esta noche... Era yo el responsable, yo, por tenerte abandonada...

La esposa le contempló con emoción. ¿Era posible aquel cambio?

—Ricardo, Ricardo — gimió, enamorada —, te agradezco mucho lo que has hecho; prefiero estar disgustada un momento que arrepentida toda mi vida... Comprendo que iba por mal camino, Ricardo... Y tú me has salvado con tu lección... A Ernesto no me ligaba el amor, sino el despecho. Tú eres mi verdadero cariño...

—Margarita... Me han enseñado a guardarte... ya no te perderé...

—Y ahora, vayamos a dar un beso a nuestra hija...

Y fueron, al cuarto de la pequeña, y sus labios se hundieron en la cara de Anita para proclamar su reconciliación y su amor.